

El Festival de Jazz es hoy una de las citas obligadas en la vida cultural de nuestras ciudades, y como tal contribuye de forma considerable a mantener el interés del público por la música en directo al margen de las grandes corrientes comerciales. Sin embargo, los criterios de programación de los organismos públicos que promueven estos eventos se han hecho cada vez más flexibles en busca de una mayor viabilidad y en detrimento de su capacidad para representar la identidad actual del jazz.

La ambigua personalidad del festival de jazz

Hoy en día existen en España más de sesenta eventos con el título de Festival de Jazz -de hecho, de Festival Internacional de Jazz en la mayoría de los casos-. La cifra se agranda si incluimos los festivales de Jazz y Blues o de Jazz y otras músicas, pero debido a la naturaleza de este artículo no contaremos con ellos. Se pueden hallar festivales de jazz por todos los rincones del país y durante todo el año, aunque en su mayoría se celebran o bien en noviembre o bien en julio. El festival con más tradición es el de San Sebastian, Jazzaldia, que este verano llega a su 45 edición. Está patrocinado por una marca de cerveza, incluida en el nombre del festival: su cartel es internacional, amplísimo y muy variado. Durante cinco días ofrece actuaciones en distintos escenarios, más de veinticinco conciertos este año de los que una tercera parte son gratuitos; entre ellos, por citar dos de estilo distinto, el de Patti Smith y el del trío Terje Rypdal / Miroslav Vitous / Gerald Cleaver. En el otro extremo hallamos, por ejemplo, el Festival de Jazz de Munilla (seis ediciones), en La Rioja, que ofrece tres actuaciones con entrada libre. Entre uno y otro existen eventos de mayor o menor presupuesto y de mayor o menor coherencia. Veamos algunos ejemplos.

Madrid tiene el festival que podría esperarse, con muchos artistas de renombre -algunos consagrados jazzistas, otros no tanto-. El pasado otoño (26 edición) recaló en Madrid la mayoría de los artistas en gira en ese momento (Jimmy Cobb con *Kind of Blue at 50*, Richard Bona, Dianne Schuur, Brad Mehldau, Marcus Miller), formando un cartel bastante ortodoxo para un evento jazzístico. La idea del festival consiste en extenderse a toda la ciudad por lo que engloba otras iniciativas como el Festival de Jazz del San Juan Evangelista (28 ediciones), organizado por el Colegio Mayor Universitario. Este festival dentro de un festival actúa con libertad e ignorando criterios comerciales y actualmente se puede decir que es el que más riesgos asume a la hora de programar. El Club de Música y Jazz San Juan Evangelista mantiene su actividad durante

el curso académico, volviendo al jazz con el ciclo Jazz es Primavera o con conciertos extraordinarios. Fuera de los grandes escenarios, el Festival de Madrid da a los grupos del circuito local la oportunidad de entrar en el cartel actuando en los mismos clubes donde el resto del año se les hace menos caso. Éstos, a su vez, se benefician de una publicidad especial por cortesía del Ayuntamiento -quien, por otra parte, puede estar planeando el cierre de alguno de ellos-. En resumen, el Festival de Madrid cubre toda la gama de expresiones jazzísticas, de lo comercial a lo innovador, de las estrellas a los grupos locales. La apretada demografía del área metropolitana madrileña da lugar a más festivales, como el VíaJazz de Collado-Villalba o el Galapajazz, de Galapagar, que han ido pasando de la grandiosidad a la mediocridad, no sólo por la crisis financiera que a todos amenaza sino por los excesos y falta de criterio a la hora de programar.

En otros lugares de España, la menor concentración de población y lo reducido de los presupuestos permiten que los festivales tengan una actitud más selectiva y comprometida, adquiriendo una personalidad propia. A veces la promoción del jazz surge de asociaciones o clubes culturales que recaban el apoyo de las instituciones, como en Lugo (Escobijazz), Terrassa (Club de Jazz d'Amics de les Arts i Joventuts Musicals) o Vic (Vic Bang Jazz Cava). En Vic, concretamente, el Festival ha obtenido el apoyo de otra marca de cerveza a pesar de estar dedicado al "jazz de nueva creación". Los festivales catalanes suelen reservar gran parte de sus carteles a los nuevos valores locales y no hacen concesiones respecto a grupos de otras zonas del Estado.

El Imaxina Sons de Vigo (junio-julio), apoyado por instituciones públicas y una caja de ahorros, va por su sexta edición y sigue en su línea de promover especialmente el jazz español y europeo, dando cabida también a propuestas novedosas de Estados Unidos. Por su parte, el pequeño festival de Sigüenza reafirmaba el pasado diciembre su apuesta por el jazz innovador después de saltar a la ►

**“TODO ESTE FENÓMENO NO DEJA DE SER
TÍPICO DE UNA ÉPOCA DE SATURACIÓN DE
LA INFORMACIÓN EN LA QUE SE HA PERDIDO
LA COSTUMBRE DE LLAMAR A LAS COSAS
POR SU NOMBRE.”**

► prensa internacional gracias a la protesta de un miembro del público y la subsiguiente aparición de las fuerzas del orden durante el concierto de Larry Ochs. En otros casos, festivales que adoptaron inicialmente una línea más arriesgada se han ido relajando en busca de mayor rentabilidad. Esta tendencia se percibe en el ciclo del Teatro Central de Sevilla o en el Festival de Getxo, que ha abandonado su antiguo nombre de Europar Jazzaldia junto a su política de promoción de proyectos europeos, aunque sí mantiene el certamen de grupos noveles del continente.

El inmenso valor turístico de Granada parece estimular el intenso apoyo que el Ayuntamiento ofrece al jazz a través una institución específica. La Oficina Técnica Jazzgranada promueve no sólo un festival que lleva treinta ediciones sino también exposiciones, publicaciones y la actividad de la Granada Big Band.

En San Javier, una localidad a la orilla del Mar Menor, van por la 13 edición de un festival que se desarrolla de julio a agosto. El cartel es muy abierto: este año, junto a Chucho Valdés, George Benson y el Colina-Serrano Project, presentan a Chris Isaak, Canned Heat y Paul Carrack, entre otros; en pasadas ediciones se ha podido ver a John Fogerty, Solomon Burke o Blues Brothers. El de San Javier es un caso interesante. Se trata de un lugar de verano, sin mayor tradición musical o cultural, que en pocos años ha levantado un festival que ha superado ampliamente a sus vecinos, teóricamente en poblaciones más importantes (Murcia y Cartagena). De hecho, tras los festivales vascos es quizá el más potente del verano. Esto se ha conseguido precisamente abriendo los criterios de contratación al blues, al rock y a otros estilos sin dejar de observar el prestigio de las figuras invitadas. De esta manera, atrae a público de toda la Región de Murcia, incluyendo una colonia inglesa de mediana edad que acude entusiasta a un nostálgico reencuentro con su cultura juvenil.

Sin embargo, la flexibilidad no es un rasgo privativo de un festival joven ansioso por atraer al público. El mismísimo festival de San Sebastián, mencionado más arriba, ofrece un cartel de lo más variopinto. La edición actual reúne, entre los grandes nombres, por un lado a Wadada Leo Smith, Arturo Sandoval, George Benson, Ron Carter y Stanley Clarke, y por otro a Elvis Costello, Kris Kristofferson y Patti Smith. En un terreno intermedio hallamos a la soprano Jessye Norman, con un repertorio de gospel y standards, o al dúo Dave Holland-Pepe Habichuela. El año pasado actuaron dos grupos de *indie* español, Vetusta Morla y Russian Red, además del inefable Pitingo. Este modelo de festival de jazz es sin duda el que posee un mayor poder de convocatoria, sencillamente porque atrae a público no necesariamente interesado por el jazz.

Visto el panorama, la pregunta a hacerse es ¿cuál se supone que es el cometido de un festival de jazz? O, expresado de otro modo ¿qué hace Kris Kristofferson en un festival de jazz? Para él, la respuesta es muy sencilla: ganarse la vida. Pero para los organizadores, tras los sucesos de Sigüenza, los riesgos no son despreciables: cualquier aficionado al jazz que tenga prohibida la audición de country por prescripción médica podría hacer que la Ertzaintza se personara en el concierto. Y, por mucho que protestaran los responsables, un ertzaina siempre los podría interpelar como hizo aquel

guardia civil de la ciudad del Doncel: “Es que tiene razón, esto no es jazz”. Mientras, el viejo Kris pensaría: “Help me make it through the night”. Para un músico de jazz puede ser frustrante ver

en el festival de su ciudad a grupos de pop de tirón mediático o a músicos foráneos de alto caché consagrados en otros estilos – cuando no promocionados artificialmente como jazz– mientras él tiene que luchar por mantener su hueco en un circuito de directos estrecho y mal pagado. Asimismo, la confusión que se genera al relativizar estilos musicales que ya son históricos lleva a diluir su importancia cultural: jazz, blues, soul, bossa, boleros o flamenco entran en un mismo saco globalizado del que salen sin identidad, sin carácter, como transformados para un consumo masivo, irreflexivo y esnob.

La misión de un festival de jazz es, sencillamente, la de promover el jazz, y esto es viable como demuestra el número de festivales que buscan nuevas propuestas, que se hacen eco de lo que se cuece en la escena musical y que ofrecen una doble oportunidad: a los músicos de hacer su trabajo, y al público de conocerlo. No hay que olvidar que la historia del jazz es una historia de cambio permanente, de desafío continuo. Si el jazz pierde estos elementos, pierde su razón de ser; los términos se invierten y pasamos del festival de jazz al jazz de festival, a una prestigiosa etiqueta puesta al servicio de intereses económicos y políticos. Y es que un festival es al fin y al cabo una actividad presupuestada mayoritariamente por organismos públicos y por ello un instrumento en manos de políticos, que son los que en última instancia deciden a dónde va el dinero. Por un lado, entre bastidores, hay un reparto entre proveedores: agencias, hostelería, escenarios, iluminación, sonido, publicidad, seguridad... aparte de los grupos. Pero por otro, más importante aún, hay una imagen pública, un efecto popular que condiciona la inversión de modo que cuanto más llamativa ésta sea, cuanta más repercusión mediática tenga (o busque), menos atrevido será su destino. Por ello suele ser el festival de jazz de media o pequeña escala el que hace honor a su nombre, el que permite que los programadores se guíen por criterios puramente musicales.

Todo este fenómeno no deja de ser típico de una época de saturación de la información, de inmensa aunque desapercibida confusión cultural, en la que se ha perdido la costumbre de llamar a las cosas por su nombre. Lo coherente en muchos casos sería quitar la palabra “jazz” de los carteles, siguiendo el ejemplo de los festivales catalanes del Castell de Peralada o de la Porta Ferrada (que, por cierto, en su 48 edición también acoge a Kristofferson y Smith). Estos eventos ofrecen una amplia variedad de espectáculos musicales sin por ello perder un ápice de su prestigio. Quizá en otros casos debería añadirse la cláusula de “jazz contemporáneo” o similar, superando un posible miedo de los organizadores por ahuyentar a un público no iniciado. Al fin y al cabo, un objetivo de los festivales más ambiciosos debe ser precisamente el de iniciar a un creciente sector del público. En cualquier caso, es necesario apelar a la responsabilidad de todos los implicados en velar que las inversiones culturales cumplan su cometido original en vez de diluirse en las ollas de caldo gordo de las cocinas institucionales.

La ambigua personalidad del festival de jazz